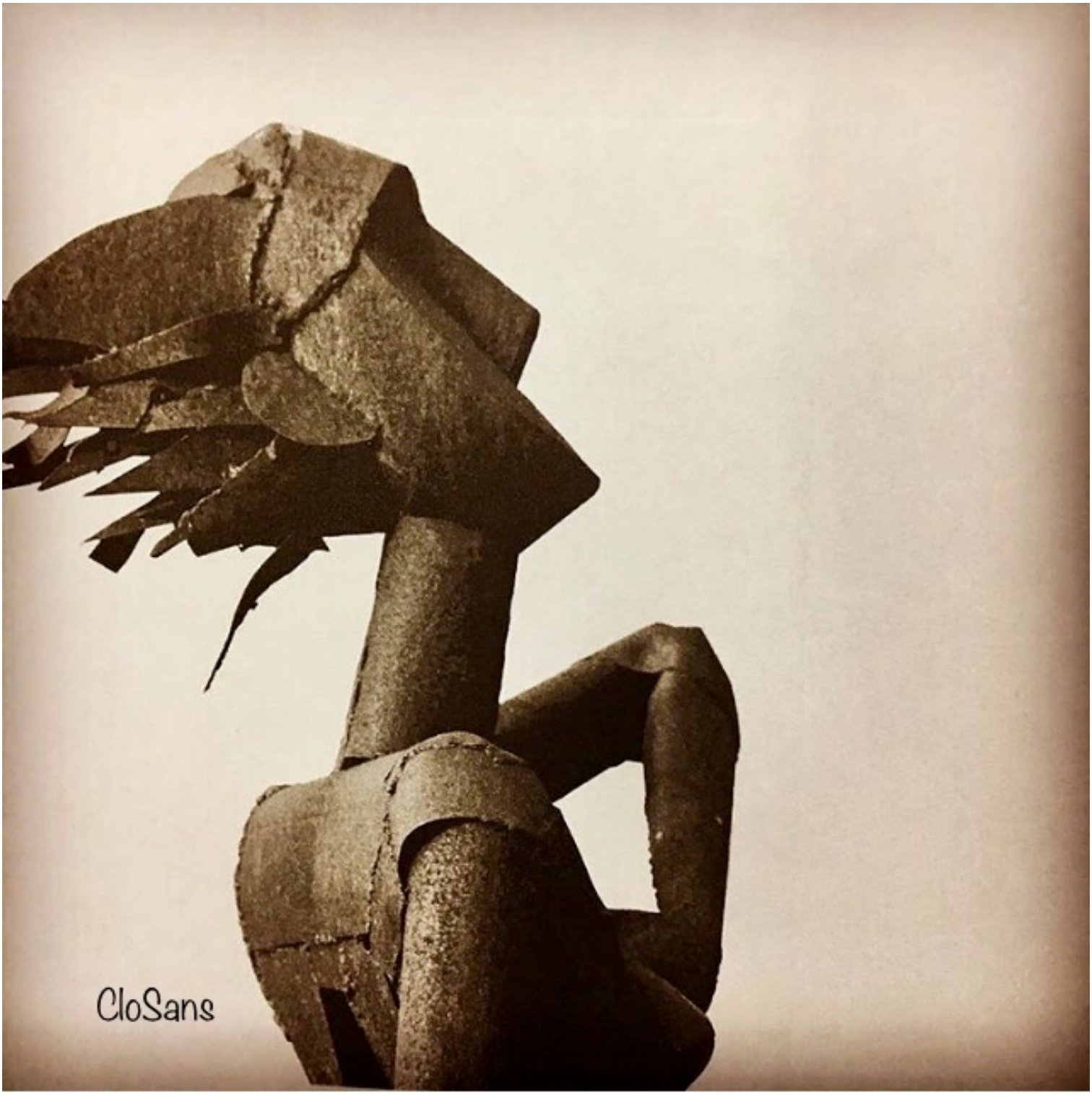
Esperpento

Daniel Sans □□□□



Capítulo 1

Desde esta ventana veo el paredón, no el que linda con el roñoso, el otro, que compartimos con la parejita joven que tiene una bebe tan parecida a Luji cuando era chica. Dieciocho metros a la derecha de la pared que llego a ver desde este sillón está la medianera nueva, pero eso es ahora, después que se cayó y levantaron la más alta de las paredes, por si se nos ocurre hacer el quincho me dijeron, pero, me estoy adelantando. El asunto es con el vecino del fondo al que en el barrio llaman el loco. Sujeto mal entrazado, un perfil de El Bosco, precisamente el rostro desdentado y rufianesco pintado en el extremo superior del Cristo con la Cruz que se exhibe en el Musés de Beaux-Arts de Gante; de los labios flojos cuelga un cigarrillo a punto de encender, crenchas grises cual alambres saliendo de debajo de una gorra de béisbol con la que cubre la coronilla calva; el esperpento se desplaza con andar de pato y una emanación de alcohol barato lo precede.

Lo apodamos Roñoso a los pocos meses de habernos mudado a ésta, nuestra casa. Cuando pude ver el tipo con el que comparto el paredón del fondo, bah, es un decir que comparto como es un decir paredón. De nuestro lado, el jardín, el manto de gramilla, la antigua palmera; de su lado apoyó unas chapas y techó un montón de basura, podrá llamarlo "galponcito" pero es un montón de basura techada; los hierros oxidados de una cama, botellas y damajuanas, armarios desvencijados, la resaca de tres generaciones de una familia empobreciéndose y quedando como un lamparón que se resiste. Nuestro pueblo ha cambiado y es ciudad, y el roñoso quedó en el barrio equivocado. Pared era excesivo decirle a esa tapia carente de columnas, tan sólo la invisible gravedad de los ladrillos unidos por una mezcla arenosa al tacto.

El tapial comenzó a ser zona de desaparición ya que les prohibí a mis hijos ir a buscar cualquier objeto que cayera del otro lado luego de una confusa discusión que tuve en la puerta de casa, una vez que se le ocurrió venir a protestar porque los chicos tiraban piedras a las chapas de su casa.

Hasta que aparecieron las lauchas. Está claro que de la mugre del galponcito apareció la fauna del zoológico vecino, ya que además, en su patio tiene residencia un cusquito color tiza siempre atado y un gallo blanco que atormenta las madrugadas desde un cajón cosechero. Podía poner ratoneras, intentar esa cacería indigna y degradante, que contagiaba de una tensión similar a la de la trampera, me sentía a punto de disparar, fantaseaba encontrar bajo el alambre fatal el cuerpo

descoyuntado del roñoso.

Don Garrido, chacarero jubilado y vecino de la cuadra, comparte fondos con el cachivache y me contó que una tarde lo encontró en su patio y al espetarle qué hacía, recibió una extraña explicación, seguro estaba revisando el patio para robar, pero eso fue antes que la pared se cayera.

Un atardecer el viento, la lluvia y lo irremediable, la argamasa ablandada y la presión de la basura, el conjunto perdió estabilidad y se precipitó sobre el jardín matando parte de una ligustrina y un olivo nuevo. Esa noche una pesadilla me dejó con insomnio. Antes del amanecer me puse a limpiar el viejo Colt, un 38 qué, aunque no es preciso en su puntería es capaz de despatarrar una persona con sólo darle en el cuerpo. La segunda noche sin dormir la familia se preocupó. No estaban dispuestos a entender lo que significaba nuestra casa, nuestro lugar. Hasta hablaron con mi jefe y en el banco me dieron licencia; por estrés, dijo el médico que recetó la pastilla que tomo a la mañana y por la tarde. Aprovechando mi viaje levantaron una pared nueva, alta y con cuatro columnas, mucho hierro. Le dieron el revolver a mi hermano, a sabiendas que el abuelo me lo dejó a mi.

Creen que lo olvidé, dicen que es depresión; ven un hombre quieto que mira la pared que no es, no saben que me preparo, algún día va a cruzar y estoy listo.